

§. XLVIII.

DE vna caridad muy ardiente, resulta de ordinario vn vehemente deseo de vñirte, de el todo con Dios, y de volar presto à verle cara à cara, como lo dàn à entender aquellas voces amorosas de los Santos, que à cada momento exclaman: *Cupio dissolui, esse cum Christo*. De este deseo tan feliz de desatarse, y vñirte con Christo, tenia el Padre Señeri vna admirable, y santa impaciencia, la qual declaró por sí mismo, en vno de aquellos frutos de Oracion, en la qual desahogando con Dios, el incendio de su espíritu, nos dà juntamente vn admirable documento, y habla de esta manera: *Festinemus ergo ingredi in illam requiem*. Esto me está diziendo, Señor, vuestro fervorosísimo Apóstol, por lo qual me exorta à apresurar los passos, para aquel bienaventurado descanso, el qual me teneis preparado, por vuestra misericordia, en el Paraíso, si yo desdichado, no me hago indigno de él, con mis demeritos: Pero qué es lo que puedo yo hazer, para llegar, quanto antes, à gozar de vn bien tan grande? Puedo yo quizá con mis manos, abrir las puertas de esta cárcel? Puedo yo por mí mismo romper los grillos, y deshazer las cadenas que me tienen aprisionado? Ha, Señor mio! Vos bien sabéis, que nos está vedado esto, y que todos devemos aguardar la hora, en que sea de vuestro agrado el llamarnos; y aunque podemos rogaros, que se llegue presto, pero no podemos, en ningun modo por nuestras propias diligencias apresurarla. Por tanto, créo, que el darnos esta priá, querido dueño, y Señor, no es otra cosa, que executar muchas obras buenas, y deste modo satisfazer lo mas que podamos, por las innumerables culpas, que avemos cometido; pues es cierto, que desta manera, tanto menos nos detendremos en el Purgatorio, y por consiguiente, tanto mas presto alcanzaremos nuestro eterno descanso. Ea, Jesvs mio, así sea, apresureme yo desta suerte, para ver sin dilacion vuestro amabilísimo rostro. Este será mi descanso, esta mi alegría, esta mi suspirada felicidad. Pero ay de mi miserable, qué será? Qué será? Si aun despues de muerto avré de aguardar por muchos años, antes que llegue à veros. Ha! No, Bien mio, no sea así, hazed antes, que padezca yo intenfamente en el Purgatorio, todo lo que avría de padecer en la extension, para que en esta forma sea menos largo el padecer, con que presto se acabe. Carguen sobre mí todas aquellas penas en vn

mismo tiempo, porque la mayor de todas ellas, será la dilacion de veros. Hasta aqui el Padre. Y no puedo omitir otro semejante afecto suyo, que merece quizá ser añadido à los soliloquios del Señor San Agullin. Muy querido Jesus mio (dize en otro lugar.) Vos estais en el Cielo, y desde el Cielo aveis querido, por vuestra sola Bondad, desposaros con esta mi pobre alma moradora de la tierra; y por señal de este dulcísimo desposorio, me aveis dado, Bien mio, el Santo Bautismo, y la Vocacion Religiosa. Pero à todos los que yo pregunto algo de Vos, oygo decir cosas tales, que no es posible imaginarlas, sino quien las ha visto. Dizenme, que si cien Soles se juntaran, no llegarían à igualar los resplandores brillantes de vuestro Divino rostro. Vna Teresa, que no vió mas que vuestras manos, me dize, que por tal vista anduvo arrebatada, y fuera de sí muchos dias. Los que os han oído hablar, todos afirman, que basta vn solo de vuestros acentos, para aprisionar en gustosas cadenas, todos los corazones. Dizenme tambien, que teneis vn Palacio, el mas magnífico de quantos se han visto entre los mortales, y que por sus calles, como aqui lodo, allá se pisan las flores, y piedras preciosas. Dizenme, que vuestro Padre, es de vna grandeza tan elevada, que es todo poderoso: Que vuestra Madre es tan hermosa; que por verla vna sola vez, no ay quien no eligiera quedarle para siempre ciego. Dizenme, que vuestra Corte se compone de Principes, de Grandes, de Ministros, Pajes, y Cavalteros, y Nobleza sin numero; y que el menor de ellos sobrepuja, sin comparacion, à todos los Reyes que han vivido en el mundo. En suma, tantas son las grandezas que me dizen, ô Señor mio, de vuestra belleza, de vuestras excelencias, y de vuestra inefable Magestad, que no es posible viva yo lexos de Vos. Ea, pues, dadme à ver, Jesus mio, tan hermoso rostro: *Ostende mihi faciem tuam, & salvi erimus*. Aora entiendo bien, como no podian ya vivir mas en la tierra vuestras Catarinas de Sena, vuestras Magdalena, vuestras Getrudas, vuestras Teresas, y otras muchas Virgenes, porque sabian que eran esposas vuestras, y estavan muy bien informadas de tanto extremo de belleza. Pues que sería, ô querido de mi alma, si al fin de mis dias, en llegando à mi vuestros mentageros, para avísarme, que yá se llegó la hora del viage, huviera de pedir todavia tiempo para disponerme, y decir: *Inducias usque mane*; que huviera de pedir algun espacio de penitencia? O Espofo mio, no lo permitais, por lo mucho que queréis à esta pobre alma, no mas mia, sino vuestra, pues Vos

misimo la aveis desposado. Hazed, que à lo menos aora yo me de-
 prisa à dilonerme, como conviene, que disponga la dote, que
 tenga promptas las vestiduras nupciales para salirlos al encuen-
 tro, que me despida de todas las criaturas, y que no estè mas de
 ningun modo pegado à ellas. Este serà mi consuelo, en vna au-
 sencia tan dolorosa, que pueda comparecer delante de vuestra
 presencia algo mas adornado de merecimientos, ya que me dais
 tanto tiempo para esto. Esta es la luz, que esta mañana os aveis
 servido darme sobre aquellas palabras: *Ostende mihi faciem tuam,*
Et salvi erimus; aunque no sabe declararla la pluma de la mane-
 ra, que de vuestra benignidad la recibio el coraçon, allà dentro
 de sus senos.

§. XLIX.

De este mismo amor tan abraçado, nació en el Padre Señeri,
 vna confianza muy cordial, que tuvo siempre en Dios, de-
 xandole à él, como à Padre amoroso, todo el cuydado de sí mis-
 mo, y de su salud, en qualquiera contingencia, y especialmente,
 de sus Misiones. Estava vna vez en la sala de nuestro Colegio de
 Mancerata, quando entrò acafo en ella vn Padre, y al entrar dexò
 abierta la puerta. Boliendose à él el Padre Señeri, le rogo, que
 fuese servido de cerrar la puerta, porque entrava por ella algun
 ayre; y admirandose el otro de la advertencia: *V. R. dixo, mañana
 ha de salir à Mision por medio de vientos, y tempestades, y aora
 teme tanto este poco de ayre?* Respondiòle tan sabio, como discretamente
 el Padre Señeri: *Oy me toca cuydar de mí, mañana tocarà à
 Dios.*

Házia vna vez camino, en vna Saluca por la Ribera de Ge-
 nova, y de repente se levantò vna fiera tormenta: Querian los
 Marineros llegarle à tierra; pero no era posible, porque por vn
 lado, lo impedian las olas furiosas; y por otro, no davan lugar
 horrososos peñascos, que ceñian la Ribera, con que para huir de
 aquellas, se iba de golpe à estrellar en estos. Todos los que estavan
 en la saluca, davan gritos, en piadosas rogativas, y exclamaciones al
 Cielo, y lloravan aflustados, teniendole por perdidos. Solo el Pa-
 dre Señeri, fiado en su Dios; estava con vn rostro, no solamente
 sereno, sino risueño, como si estuviera gozando de vna apacible
 bonança; y de repente aplacò Dios la tormenta, y todos llegaron
 libres del peligro à tomar tierra.

Otra vez, en el passaje de vn Rio, juntamente con mucho Pue-
 blo, la corriente rapida, y crecida, vencio la destreza del barque-

ro,

ro, y corria ya el barco al precipicio. Todos se bolveron en este
 peligro à encomendarse al Padre, el qual, segun su costumbre, sin
 atemorizarse: *Pè, dezia, Pè, y no duètis en nada.* De hecho, bol-
 viendo el barquero à cobrar animo; se puso al gobierno del bar-
 co, y le guiò felizmente hasta llevarle sin riesgo alguno à la ori-
 lla.

En otra ocasion, mostrò aun mas su gran confianza en Dios,
 y quiero referir el caso, con las mismas palabras con que le atesli-
 gua Don Lorenzo Gualtieri, Ministro del Gran Duque de Tos-
 cana, à quien embió su Alteza Serenissima, para que acompa-
 ñasse al Padre Señeri, y tuviese cuydado de su persona en el via-
 ge, que le fue preciso hazer de Florencia à Roma; y de Roma à
 Florencia. Boliendo, pues, de Roma, *dize este Señor,* en re Pe-
 rugia, y Arezo; nos vimos en evidente riesgo de perecer en la
 subida de Gortona, porque aviendo caido el coche en vn barran-
 co, y aviendo de quedar ambos oprimidos, yo gritè: *Jesvs, Je-
 sus, muertos somos.* Y el Padre Señeri, riendose: *No, respondiò,
 no ay nada,* demos gracias al Señor, (y quando dixo esto, esta-
 vamos todavia pendientes en el ayre) caimos, sin recibir nolo-
 tros daño alguno; ni el coche, ni el cochero, ni los cavallos. En-
 tonces yo dixè: Padre à venir yo solo, me hazia pedazos, porque
 soy pecador. Y respondiò el Padre: *Ha hijo, yo soy mucho peor
 que vos, porque soy la espuma de los mas perversos; pero co-
 mo estamos en camino por la causa de Dios, no ay que temer,
 pues él nos guia. Amemosle siempre mas, y con resolucion ver-
 dadera, porque en el otro mundo: O grandes cosas! O grandes
 cosas!*

§. L.

Ya se ha visto arriba, como en tiempo de las Misiones, ame-
 nazando muchas vezes el Cielo, con fierilissimas tormen-
 tas, no obstante, comenzava el Padre sus Sermones, en campo
 abierto, ordenava las Proceçiones, y disponia todos los demás
 exercicios; y parece, que Dios, el qual ponía en el coraçon del
 Padre esta confianza, le aviadado vn como dominio sobre las
 tempestades, y sobre los elementos. Muchas vezes, por aver qui-
 tado las mancebas de su lado à los deshonestos, y por aver re-
 prendido algun escandalo publico, en personas de respeto, se
 viò à peligro de graves afrentas.

Quando diò à luz su Libro de la Concordia, contra los erro-
 res de los falsos Quietistas, obra, que alborotò sobre manera, los

16.

seguaz de aquel Herefiarca, aun no bien conocido entonces; na es creible, las cartas ciegas, que recibio, llenas de infames vltres, y de crueles amenazas i desuerte, que por no exponerle à algun manifesto riesgo, le rogavan muchos de sus amigos, y asl domesticos, como externos, que no saliese aquel año à Milston; pero el Padre Señeri, siempre animoso, de vn mismo modo, siempre confiado en la Proteccion de su Señor, rechazava de sí, qualquiera sombra de temor, repiniendo siempre, segun su costumbre: *Esta es causa de Dios, à Dios toca el ampararme.* Y quando Dios no quisiese hazerlo así, protestava, que mas que de buena gana, avria dado voluntariamente por su amor, y zelo de su gloria la sangre, y la vida; y dezia amorosamente à Dios, lo que en semejantes calos le dezia el Señor San Bernardo: *Bonum mihi si mor digneris, est pro elypeo.* Nada menos de confianza en Dios mostró, por cierto, quando le prohibió en Roma el sobredicho Libro de la Concordia. Nunca fe quexó del hecho, ni dió tampoco señal alguna de pesadumbre; antes el mismo consolava à sus amigos, que se dolian con él, y siempre repetia aquel dicho suyo: *Que esta era causa de Dios, y que Dios la avia de defender.* De hecho así sucedió, porque conocida con mas clara luz la verdad, y descubierta la serpiente, que estava escondida entre las flores, el Tribunal Sagrado de la Inquisicion, condenó los errores, y fue restituido al publico el Libro del Padre Señeri, con mucha gloria suya, y mayor credito de su Doctrina.

De proteccion tan favorable, como cariñosa de Dios, para con el Padre Señeri, sacó este gran Ministro, y zelador de su gloria vn nuevo, y poderoso motivo, de adelantar mas las empresas de su Apostolico zelo, como él mismo declaró en aquellos sus admirables papeles, donde dize: He reparado, como Dios muy de veras ha tomado mi defensa, en infinitas ocasiones de mis pe ligros, así Temporales, como Espirituales; pues yo estoy resuelto, por titulo de gratitud, à tomar la defensa de la causa de Dios, contra los que quieren ofenderle, así como él toma mi causa contra los que quieren agravarme. Pareceme esta vna muy buena razon, para animarme à zelar el bien de las almas, y la conversion de los pecadores: *Qui tangit vos, tangit pupillam oculi mei,* dize Dios à sus Siervos; segun esto, quien puede explicar el gran zelo que él tiene de cada vno de nosotros, defendiendonos con mano armada contra los enemigos visibles, è invisibles? Del mismo talle ha de ser nuestro zelo para con Dios, contra qualquiera genero de sus enenigos, Charitanos, Hereges, Gentiles,

les; &c. *Penam etiam meum in te.* Esta es la dulce promessa, que me haze Dios por Ezequiel: *Zelus domus tue comedit me.* Esta es la correspondencia que tengo de volver à Dios.

§. LI.

Quien ama mucho, tiene por propiedad el querer estar siempre en compañía de su amado; por consiguiente, quien ama intensamente à Dios, parece, que no sabe nunca apartarse de la Oracion, la qual es vna dulce conversacion del alma con su Divina Magestad, segun lo que dixo el Apostol: *Nostri conversatio in Caelis est.* Era, pues, el Padre Señeri tan aficionado à este Santo exercicio de la Oracion, que no tenia para ella tiempo alimitado, porque à mas de vna hora, que todas las mañanas ocupava en ella, segun estilo inviolable de todos los de la Compañia, todo lo demás del dia, que le quedava libre de sus estudios, y de tratar con los proximos, todo lo dava à la Oracion; y sus Compañeros atestiguan, que las mas vezes solian hallarle puesto de rodillas en medio del aposento, en Oracion, y algunas vezes le hallavan tan absorto en Dios, que por vn buen rato, aun no advertia, que huviese entrado alguno en el aposento.

Quando avia tal vez de encomendar à Dios, algun negocio extraordinario de grande consecuencia, especialmente de la Compañia, à quien amó siempre con muy cordial afecto; gastava las noches enteras en oracion, aunque à dezir la verdad, aun quando caminava entre dia, o hazia otra qualquiera obra, le veian siempre pensativo, y recogido dentro de sí, con que dava bien à entender, que nunca perdia à Dios de vista, observando con toda puntualidad aquel salustable consejo de nuestro Redemptor: *Oportet semper orare, et nunquam desicere.* Sintiose llamado de Dios à este Santo exercicio en manera muy singular, como nos dexó escrito en vno de sus papeles:

Me ha parecido, dize, con vna muy clara luz, que todo mi empleo ha de ser el estudio de la Oracion, siendo esto, à mi juicio, segun todas las presentes circunstancias, lo que Dios quiere insaliblemente de mí; por esto he dado repetidas gracias, porque se ha servido de elevarme à honor tan soberano, de tratar intima, y familiarmente con su Magestad, aunque no tengo yo obras para merecerlo; pues si esta se ha de dezir, que es la mejor parte, segun calificó por su boca Christo Señor Nuestro: *Maria optimum partem elegit, que non auferetur ab ea.* Heme, por

vn cierto modo escufado con mi Dios, si siendo yo vn villísimo gusano, llegó à descantar en esta mejor parte porque no loy yo el que para mi la he elegido, sino antes, el que me ha elegido à mi para ella.

S. LII.

EL modo que guardó el Padre Señeri, en su Oracion, fue al principio, de meditacion ordinaria, con atentos discursos del entendimiento, y con vehementes afectos de la voluntad, sobre diversos Mysterios, y divertas sentencias de la Sagrada Escrituras de donde sacó en gran parte aquellas luzes tan hermosas, que después esparció en los quatro pequeños volumenes del *Manna del Alma*. Pero pasado algun tiempo, parece que mudó algo el método, y que se ocupó todo en rogar à Dios, y en pedirle gracias, como nos enseñó à orar el Divino Maestro, en la Oracion del Padre nuestro. Esto mismo declaró vna vez el Padre Señeri, con vno de los nuectros, diziendole: *Que finalmente avia abierto los ojos, para aprender el verdadero modo de tener Oracion*. Lo mismo tambien se saca de las palabras de vna carta fuya, que sin duda será de consuelo el oirlas. La esperança, que presentemente reago, todà està fundada en la eficacia infalible, que tiene la Oracion, de alcanzar, quando pide à Dios, lo que en realidad es bien nuestro. O qué gran sentencia es aquella que dixo Christo Nuestro Señor: *Petite, & accipietis*; y como se podia empenar con mas claridad, con mas generalidad, y con menos excepcion? Por lo que està de nuestra parte, no ay mas que pedir con perseverança; mas es por ventura este tan grande trabajo, que no pueda emprenderle para vn bien tan grande? Nosotros no tenemos otra cosa, que hazer, sino pedir à Dios, por los merecimientos de su Hijo; es à saber, que no haga sus verdaderos Siervos, y sus verdaderos amigos. Hecho esto, dexemos el cuydado, que bien sabrà, aun para nosotros, hallar alguno, de los muchos medios con que esto se alcanza. Por lo que à mi toca, estoy resuelto, con su Divina gracia, à rogar, pedir, suplicar, y exclamar continuamente, hasta que me tenga por importuno. Y no por esto me espanta el ser tan pobre, y miserable, y desnudo de todos meritos, porque mi pretension es, pedir como mendigo, la limosna à vn Dios, que es gran limosnero. Pues quien no sabe, que en vn mendigo, no se requiere merito alguno,

para

para alcanzar lo que pide, como se requiere en los jornaleros, ó en los criados, ó en otro qualquiera, que pida dexaxo de algun titulo: Su misma miseria, es, para vn pobrecito, vn gran merecimiento; y quanto es mas grande su miseria, tambien es tanto mas razonable socorrerle. De qualquiera manera que esto sea, no puede Christo bolver arras: El ha prometido, que qualquiera que perseverare, pidiendo en su nombre, será oido: Luego, si nosotros somos constantes, concluido està el negocio: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, & misericordiam suam à me*, decia David: Sobre el qual lugar escribió San Agustin: *Cum videris à te non amotam deprecationem, securus esto, quia non est à te amota misericordia eius*. No temamos, pues, con que escufarnos. Pidamos, roguemos, supliquemos, cántemos à Dios (si esto se puede dezir) pero no, porque antes tenemos entonces mas bien oidos; y las mas queridos; y no lo lo no cansa à Dios quien pide, antes le cansa quien rehula pedir, como Achaz, que decia: *Non petam*.

S. LIII.

Y Para tener, así en la Oracion, como en lo demás del dia, su espíritu mas recogido en lo interior, halló vna practica muy piadosa, y facil, que por cierto merece ser abraçada, y imitada de qualquiera, que desea tener estrecha comunicacion con Dios. En vna carta, pues, que embió à vn amigo suyo, escrivi de esta suerte. Quiero comunicarle vna practica, la qual lei ultimamente en Osiório, y la víava San Agustin, para tratar con Jesu Christo. Vn dia de la semana le he de confiderar, en vna cierta especie, Imagen, otro dia en otra, como aora dire; pero de aquella manera, que yo mismo para mi mas acomodada, y distintamente me lo he compuesto. El Lunes trataré con mi Dios, como Juezi. El Martes, como Rey. El Miercoles, como Medico. El Jueves, como Espoto. El Viernes, como Redemptor; la qual trae à la memoria con ternura, y afecto su Passion. El Sabado, como Hermano; y esta trae consigo la memoria de la Virgen Santissima. El Domingo, como Glorificador; la qual nos acuerda la Gloria del Paraíso. Parece que probara muy bien en cada vno de los dichos dias, tratar en la Oracion con Jesu Christo, teniendo en la idea alguno de los titulos sobredichos; presentandonos delante de su Divina Magestad, yà como reos, yà como subditos, yà

F 2.

350

„como enfermos, y pidiendole las gracias proporcionadas, y abra-
 „sándole en los mismos afectos; y deste modo se puede tambien en
 „todo lo demás del día, tener muy facilmente el pensamiento
 „to unido con Dios.

§. LIV.

C On semejantes industrias, en el estudio de la Oracion; cre-
 „ciendo cada día mas el fervor en el pecho del Padre Señeri,
 „se livió Dios de adelantarle de suerte, que le sublimó à vn grado
 „de Oracion muy elevado, descubriendole siempre mas su Divino
 „rostro. El Padre mismo nos lo dexó apuntado en vno de los pa-
 „pelas citados, donde habla así. En este día, para quitar-
 „me el Señor del alma toda congoja, hizo, que leyendo,
 „encontrasse vn Capitulo del Libro, cuyo titulo es: *Camino de*
 „*perfeccion*; y escripto por Santa Teresa, en el qual hallé decla-
 „rado por menudo el modo de Oracion, que Dios por su gra-
 „cia me ha comunicado, con que no me queda casi duda, de
 „que es segun su Santísima voluntad; y lo mismo me ha dicho
 „tambien mi Padre Espiritual. Este es el Capitulo 28. en el qual se
 „descubre la Oracion de Recogimiento. Es verdad, que me pare-
 „ce, aver algunas vezes participado de la quietud, pero en todas
 „las tres potencias juntamente, las quales, no obstante, por algun
 „buen rato parece aver experimentado, descansavan en Dios, con
 „grande vision de afecto, à lo menos de la voluntad, la qual estava
 „fixa, en su Divina presencia, gozando de él, y deseando trans-
 „formarle toda en el unicamente. Si el pensamiento se divierte, es
 „cola tan ligera, que luego buelve, y no es menester fuerza para
 „que buelva. Bendito sea por todo esto mi muy querido Señor.
 „Hasta aquí el Padre Señeri.

Y quien desea entender de quanto valor, y perfeccion sea
 „Oracion de Recogimiento, sea el citado Capitulo 28. de Santa Te-
 „rela, y por lo mismo merece ser leído el Capitulo 31. donde ha-
 „blando de la Oracion de verdadera quietud, con la qual confiesa
 „el Padre Señeri, averle Dios favorecido algunas vezes: Esta
 „(dize la Santa) es cosa sobrenatural, la qual no podemos no-
 „trotos alcanzar, por qualquier diligencias que hagamos. Per-
 „cibe el alma de vna manera, que está muy lexos del conoci-
 „miento adquirido por medio de los tentidos exteriores, aviendo
 „ya llegado cerca de su Dios, y con poco mas llegará por-
 „cion a ser vna misma cosa con él. Hallate ella tan con-
 „ten-

„tenta, viendose tan cerca de la fuente, que aun sin beber ya
 „está arta, y piensa, que ya no ay otra cosa que desear. Las po-
 „tencias están de tal fuerte descansando, que no querrian, ni
 „aun moverse; porque les parece, que qualquier movimiento les
 „impide el amar. El alma está como vn niño de pecho; quando
 „tal vez pendiente de la madre, sin que se canse en chupar su ali-
 „mento con los labios, la misma madre acariciandole amorosa-
 „mente, le pone la leche en la boca, ordeñando con sus proprias
 „manos los pechos.

Todo esto nos declara bastantemente, quan eminente, y eleva-
 „da fue la Oracion; de que gozava el Padre Señeri, el qual, además
 „de esto, tenia en la Oracion vn Don casi continuo de dulcissimas
 „lagrimas; y no solamente en la Oracion, sino tambien en las vís-
 „tadas de los Lugares Sagrados, en hablando familiarmente de las co-
 „sas de Dios, en los Coloquios, y en los Sermones, quando plática-
 „va en las Misiones; pero con mas especialidad, quando celebra-
 „va la Santa Misa, y llegava el tiempo de suministrar el Divino Sacra-
 „mento, se ponía entonces como vna asqua encendida, y se deshazia
 „en vna copiosa lluvia de lagrimas; de tal fuerte, que el Hermano,
 „que todas las mañanas, en los vltimos años de su vida, le ayudava
 „en Roma al Santo Sacrificio, refiere: Que hallava siempre su pa-
 „ñuelo tan mojado, por las muchas lagrimas, que era menester, pa-
 „ra que se enjugasse, estenderle al ayre.

Afirman tambien otros, averle visto muchas vezes, al
 „tiempo de suministrar, y querer comulgar en la Misa, enfervori-
 „zado de tal manera, que por la grande vehemencia del cora-
 „çon, se sentia compelido à echar por narizes, no pocas gotas
 „de viva sangre. Suma era la reverencia, y furo el amor; que
 „tenia el Padre Señeri, à este Divinísimo Sacramento; y por esto,
 „muchas vezes, entre día, y noche, iba à venerarle, y adorarle. Pero
 „quales fuesen sus afectos, al recibirle en el Sagrado Altar, si el mis-
 „mo de su propia mano no lo dixera, seria cosa difícil discurrirlo; ni
 „imaginarlo. En vno de aquellos sus preciosos papeles, dize así:
 „Aviendo yo pedido esta mañana al Señor, despues de la San-
 „ta Misa, que fuesse servido enseñarme, que afecto le seria de mas
 „sagrado, despues de la Santa Comunión, para exercitarle, segun
 „su gusto (pues yo se bien, que no es tan à proposito aquel
 „tiempo, para discurrir con el entendimiento, como de-
 „sobrar con la voluntad; y que no avemos de buscar locamen-
 „te a Dios fuera de nosotros, mientras dentro de nosotros mis-
 „mos le tenemos) pedido, pues, esto, me pareció, que sobre

todos los demás, el afecto de quedarte pafinado, y aflombrado; le fea mas agradable, y guftoso. Poca cola es la reuerencia, poca cola es la humildad, el darle gracias, y el amarlo, todo es poco. Vna maravilla, que sobrelale a todas, como es esta: *Memoriam fult miratillum iuorum*. No parece, que pueda pagarle mejor, que con la admiracion. Dios a mi! Dios conmigo! Dios dentro, de mi! Qué puedo yo hazer, confiderando esto, fino quedarme espantado, quedarme muerto, quedarme ablorro de vna infinita admiracion? Quando los Soldados de Olofernes vieron la estreñada hermoñura de Judit, parece les avia luego, de rebatar, y que el primer afecto nacido en sus coraçones, avia de ser vn grande amor, que les excitasse vn fuego infernal; pero no fue así: *Considerabant faciem eius, & erat in oculis eorum stupor, quoniam pulchritudine eius mirabantur nimis*. Pues este es el primer afecto, devido a las cosas grandes, y extraordinarias; y despues de este, se da lugar a los demás. Lo mismo ha de ser en el caso que dezimos. Considerando yo, no digo la Divina Belleza, porque no tengo vista suficiente para poderla contemplar, lo menos la Divina Bondad, para conmigo; en primer lugar, me quedare aflombrado, y en adelante puedo prorumpir en otros afectos.

S. LV.

NO solo con la oracion mental, sino tambien con la Vocal, fomentava el Padre Señeri el fervor de su caridad, y la dulçura de su devocion. Tenia muy a menudo en la boca diversas Oraciones breves, que llamamos jaculatorias; y de estas avia recogido, y dispuesto vn largo catalogo, sacandolas de los Psalmos, y de otros Lugares mas escogidos de la Sagrada Escritura. El Oficio Divino, solia siempre rezarle de rodillas, y muy de espacio, y acompañava con el afecto del coraçon, aquellas Sagradas palabras, que pronunciava con la lengua. A fin de conservar mas viva en el pensamiento, la memoria de la muerte, dezia frecuentemente las Oraciones ordenadas por la Iglesia, para ayudar a bien morir; figurandose estar ya en aquel terrible lance, de quien depende por toda vna eternidad nuestra dicha, o desdicha.

Tenia tambien por costumbre, rezar el Rosario de la Virgen Santissima, a quien amava con mucha ternura, y devocion; y a esta Señora avia elegido por principal Abogada, para el feliz suceso de las Sagradas Misiones. Y para animar a los Fieles a la devocion

cion de esta Soberana Princesa, dió a luz, aquel Librito de Oro, que le intitula: *El Devoto de Maria*; y actualmente estava escribiendo, sobre el *Magnificat*, vna devotissima explicacion; la qual se quedó, por nuestra desgracia, imperfecta; acabando antes la vida, que acabara la obra. En el tiempo de la Mision, dezia cada dia vna Oracion muy larga, que el mismo avia compuesto, llena de grandes sentimientos, y afectos, para pedir a Dios aquellas gracias, que mas convienen para vn ministerio tan Santo, como era el de las Misiones, en que se exercitava. Añadia a todo esto, la frecuente leccion de los Libros Espirituales; y le agradó siempre mucho, en especial la leccion de las Vidas de los Santos; con este gufio recorrio todos los seis volumenes de Surio, además de muchissimas Vidas de Santos mas modernos.

Ya esta misma leccion exortava de ordinario a los demás; protestando, que todo lo que sabia, en materia de espiritu, todo lo avia bebido de esta fuente tan pura. Y a la verdad parece, que Dios por este medio, mas que por otro alguno, le infundió aquella Divina luz, para guiar seguramente a muchas almas Santas, y que le concedió aquella admirable discrecion de espiritus, con lo qual se mostró siempre tan entendido, en distinguir el oro verdadero del falso. Así le sucedió vna vez, que a las primeras razones que tuvo, con vna celebre Religiosa, temida comunmente por vn Serafin, luego al punto descubrió su finissima hypocretia; como se hizo despues manifesto, aver tenido vn infame comercio con el Demonio; y así, enterraron su cuerpo al pie de vn arbol, en la huerta del Monasterio, y poco despues, por sentençia de la Sagrada Inquifcion, fueron quemados sus huesos.

S. LVI.

EL amor entrañable de Dios, no es posible que se separe del verdadero amor del proximo, porque el Amor de Dios es semejante al fuego, que nunca tiene sosiego, hasta mudar en si mismo qualquiera cola que toca; muy sabida es la Doctrina, que dió nuestro Divino Maestro a su amante Discipulo: *Si diligis me, pasce agnos meos, pasce oves meas*. Lo mismo aconteció al Padre Señeri. Luego que se sintió abrasado de aquel tan tuchoso incendio de la Divina Caridad, no pudo tenerlo encerrado en la estreñura de su coraçon, sino que se vió obligado a darle libertad para desfogar el alma, y concibió vn ardentissimo deseo de convertir a Dios, segun su posibilidad, el mundo todo.

Parece ya casi superfluo, añadir aqui mas, despues que hemos visto su singular, y continua aplicacion por tantos años al Apostolico ministerio de las Misiones; y esto, con tanto jubilo de su coracon, que nunca le veia tan alegre, como quando mas trabajava. Estos llamava el Padre, dias del Parayso, y decia: *Que por uno solo de estos dias, huviera dado una entera Monarquia.* Luego que llegava el tiempo señalado de salir à Mision, no avia cosa que bastasse à detenerle vn punto, aunque tal vez tratasse actualmente negocios de grande importancia. No ay lengua que pueda bastante mente explicar, como luego que salia de los Colegios para ir à Mision, parecia otro hombre superior à si mismo, todo rebozado en zelo, en generosidad, en fervor, pareciendo en realidad, que el Espiritu del Señor le llenava, y llevaba à donde queria. Avia de ordinario de tratar con hombres rusticos en los campos, y con todo esto, nunca dio señal de molestia, ò fastidio, antes siempre afable, de vna misma manera tratava indiferentemente con todos, ayudava à todos, servia à todos, y siempre se declaró prontissimo à derramar toda la sangre, que tenia en las venas, por la salvacion de cada vno.

Afirma vn Sacerdote, Compañero suyo, averle oido dezir muchas vezes: *Que si huviera visto abierto el Paraiso para poder entrar en el à su alvedrio; se avria todavia buuelto atras, y de buena gana se avria quedado en la tierra trabajando por las almas, à imitacion de aquel acto tan heroico, que tanto, y con tan justa razon celebra la Iglesia en nuestro Gran Padre, y Patriarca San Ignacio, como vn prodigio de su generosissimo zelo.*

S. LVII.

Fuera de las almas, nada ay en el mundo, de que el Padre Señor hiziesse caso, ni aprecio alguno. Muchas vezes se le ponian delante algunas señoras ataviadas con mucha pompa de preciosas vestiduras, y joyas, y él, no solo no se embelcava con semejantes resplandores, sino antes las mirava con magnanimo menosprecio; y vn maravilloso sentimiento, y tanto dictamen, que le ocurrio en vna ocasion de estas, le significò à su Compañero, diciendo: *O que agradable Sacrificio podrian hazer à Dios estas señoras, si por su amor se despojassen de estas vanidades, que tanto estorvan.*

Vn Padre de grande autoridad, que fue Superior suyo en Roma, atestigua del Padre Señerì, que à cerca del desapego, y des-

desprecio que hazia de todas las cosas del mundo, no dexò que dudar à los que le avian conocido, y practicado: *Yo, dice el mismo Padre, puedo assegurarlo mas, por virtud de sus mismas palabras; porque frequentemente hablava conmigo del poco, ò ningun aprecio, en que tenia todo lo que no era Dios, como todo la temporal.* Pero mejor testimonio nos dà el mismo Padre Pablo, en vna carta que escriviò à vn amigo suyo en esta forma: *He tenido esta mañana mi pobre Oracion, sobre aquellas palabras del Psalmò veinte y vno, que me tocavan: Divulserant sibi vestimenta mea.* Y esta es la luz que Dios me ha concedido, dandome à entender, que nosotros queremos sus cosas, y no à Dios. Si Christo tiene algo que pueda servir para nosotros à nuestras conveniencias, y à nuestros intereses, muchos se hallan, que corren à porfia, para repartirlas entre si: Pero quien es el que quiere à Jesus solo, y desnudo sobre vna Cruz? Avemos, pues, de dividir à este Señor, entre nosotros dos. Mas que digo, dividirlo? Si podemos igualmente tenerle todos, todo entero. Ha Dios, que yo se dezir, y no se executar! A mi, en verdad, no me parece que hago caso de estas vestiduras de Christo, que sirven al cuerpo, antes me parece, ser cortedad renunciar por amor de el Señor, qualquiera de estos bienes exteriores, los amigos, los aplausos, las recreaciones, y otros semejantes; pero aquellas vestiduras, que sirven para el alma, la adornan, la enriquezen, la confortan (quiere dezir, los consuelos espirituales) estos me parece mas dificil renunciarlos! Sin embargo; aun de estos, à lo menos del afecto à ellos, es menester que se despoje, quien busca à Dios solo. Hasta aqui el Padre.

En consecuencia de este dicho; hallo entre los frutos de su Oracion, que dava gracias à Dios de su fordera, como de vna gracia especial; porque este defecto, le hazia incapaz de los gobiernos, y otras cargas mas luzidas en la Religion, con que esperava, que facilmente le dexarian à solas, sin hazer caso del, como de hombre ya medio muerto. Hallaronle frequentemente algunos Principes inclinados con todas veras à favorecerle; pero no le valliò jamas de ellos para ninguna conveniencia suya, ni recibio nunca cosa alguna, que pudiesse en algo menoscavar la humildad, y pobreza Religiosa, que tenia por su vnico tesoro: Tampoco quito jamas, por instancias de qualquier persona, pedir à los Principes cargos, beneficios, y semejantes gracias para otros, excepto quando en algun caso juzgava, que esto convenia al Divino Servicio, y al provecho Espiritual del proximo.

Valióse, es verdad, del favor de los Grandes, para impedir dichos verfos escandalos, como le aconteció con el Serenísimo Ruanuncio, Duque de Parma, de quien alcançò edictos muy saludables; los quales abraçaron tambien otros Principes, con notable adelantamiento de la piedad, y reformation de las costumbres. Quando estava en Misiones, varios Señores le embiavan grandes regalos, mas no los admitia, y si la vrbanidad le obligava à aceptarlos, los remitia luego à las casas de pobres enfermos, ó al público Hospital.

Hallandose de passo en algunas Ciudades, solian los nuestrs querelle facar à que viesse las curiosidades mas celebres de aquel País; pero esculava siempre semejantes salidas, y gustava de estar recogido en su aposento; porque queria antes ser tenido por descortes, que quitar à Dios, y à si mismo aquel tiempo, que siempre procuró logtar con vna santa avaricia. En todas las ocasiones dió à conocer à sus parientes, quan lexos estava de todo afecto de carne, y sangre. Se declaró, por tanto, con vn hermano suyo Seglar, diziendole con resolucion absoluta, que no queria saber nada de los intereses de su casa; y si el tal, acató en sus cartas le escrivia algo de esto, el Padre no respondia à este particular.

Aconteció, que vn lobrino suyo, unico heredero de la Casa, fue llamado de Dios à seguirle en la Compania: y como sus Padres lo llevassen muy mal, viendo se acabava en el el lustre de su Casa, y de su Familia; les escrivio el Padre Señeri cartas muy eficaces, para que no resustiesen à las gracias del Señor, y animó siempre al lobrino, à estar firme en su tanta resolucion: y porque vn pariente suyo de mucha autoridad, parecia terco, en impugnar, y suspender al moço la licencia, diziendo, queria hazer prueva mayor de su vocacion; protestó el Padre, que en caso de necesidad daria vn memorial al Papa: y no lo logó, hasta ver al lobrino en el puerto seguro del Noviciado de Roma.

A este proposito, fue sentencia suya: *No importar nada, que viviesse en el mundo vna Familia mas, ó menos; pero que importava mucho, por ser lo primero, poner en cobro la salud eterna.* Si llegava el caso, que se tratasse algun negocio concerniente al bien publico, y à la Gloria Divina, en cosas de mayor consecuencia, entonces, muy de veras, ponía debaxo de los pies qualquier interes, y respeto humano. Sucedió vna vez, que le fió el Sumo Pontífice vn negocio muy grave, el qual avia de tratarse con los Ministros de vn gran Señor; y el Padre Señeri, que avia hecho juicio, de que convenia à la Gloria de Dios, lo que no pa-

reda bien à aquellos Señores en diversos razonamientos que tuvo con ellos, persistió siempre muy constante en su parecer, sin aflojar nunca, ni por la autoridad de los personajes, ni porque podian algunos poderosos tomar de aqui ocasion de desluzirle delante del Papa, pintandole à su Santidad, como hombre de juicio extravagante, terco, e intratable.

§. LVIII.

Quando nos sucede algun extraordinario trabajo, es muy comun el buscar algun alivio, y consuelo, comunicando, y desahogando con los amigos nuestro propio dolor. No lo hizo así la fervorosa caridad del Padre Señeri, que en estos casos no queria consuelo alguno de los hombres, y por esto calló siempre los disgustos que le acontecian, no queriendo ser de otro consolado, ni aliviado, que de Dios solo. Si vno fia de mi algun secreto suyo (*asi dexó escrito en vno de sus papeles*) ó algun disgusto, ó pesadumbre interior, siento yo moverme à quererle bien, por tal confianza, y por la estima que de mi tiene; pues con esto deposita el en mi su coraçon. Pero si veo, que aquello mismo, que avia fiado de mi, lo comunica igualmente, yà à vno, yà à otro, y de este modo lo haze publico à todos, ya no estimo mas aquel acto, que parecia de confianza, antes lo llevo con desden; porque parece quilo hazer burla de mi. Lo mismo me parece succede con Dios: Estimo mucho su Magestad, que del solo se yo, como de vn carísimo amigo; todos mis disgustos, pesadumbres, y trabajos: *Tribulationem meam ante ipsum pronanto.* Pero si participo despues esto mismo à otros, descubriendoles mi coraçon, y queixandome, Dios no aprecia tanto aquel acto, ni lo pone en cuenta de especial amistad. Por lo qual estoy muy contento, que Dios sea el testigo de mis afanes, y no buscare consuelo de los hombres, manifestando mi coraçon à nadie.

§. LIX.

Esto de menospreciar las vanidades, y consuelos del mundo, no es, por fin, acto tan singular, y extraordinario, que no ayat llegado à exercitarle, aunque raras vezes, algunos Filósofos Gentiles; si bien por vn genero de sobervia, y altivez, que les perturbaba, eran superiores à todas las cosas de la tierra. El acto, pues, heroico de Caridad Christiana, es, por diverso, y superior motivo, no ha-

hazer de ninguna manera caso de la estimacion, y aplauso de los hombres, tenerse à su mismo en muy baxo concepto, desear, y buscar el proprio menoscupio. Para esto se requiere Fe sobrenatural, muy vivas Qualidades encendida, y vna especialissima Gracia de Dios: de la qual fortalecido el Padre Señeri, llegó à practicar admirablemente todos los grados de esta tan admirable virtud. Y para dar mas realce al valor della, darè primero cuenta, con brevedad, de los grandes honores, y aplausos, que hizieron al Padre en todas partes.

Dexemos las aclamaciones, que se levantaron en toda la Europa por sus Sermones, y por todas las demàs obras impresas, con tanta estimacion, que comunmente todos le han tenido siempre, por vno de los mas insignes Escritores de nuestros tiempos: y especialmente en Italia, por la elegancia del estilo, politica, y propiedad en las palabras: de suerte, que los Academicos, (se llaman en Italia de la Cruzca) Señores muy rigurosos en esta materia, y muy escrupulosos en hazer esta honra à los Escritores mas celebres, citan muchas vezes en su Vocabulario al Padre Señeri, por vno de los Autores mas clasicos de la Lengua Toscana. No obstante apuntare, y aunque de passo, algo de lo mucho que fue aplaudido, y venerado, por el gran concepto, que todos avian formado de su admirable virtud, y cantidad; que excede à toda humana ponderacion. En todas las partes de Italia, donde se oyeron los ecos de sus Sagradas Misiones, no le llamavan con otro apellido, que de Padre Santo. La mas plausible, y agradable conversacion, que se tenia en las casas particulares, y en las plazas publicas, solia ser de su Apostolico zelo, y todos tenian algo que referir de admirable. Los Pueblos le seguian, y se postravan en el suelo al verle, como si vieran à vn Angel. En muchos Lugares, por la noche barrian dilatados techos los caminos, por donde avia de passar por la mañana, hasta esparcir flores, con que los adornavan; y algunos Pueblos salieron à recibirle con Pafio: y fue menester mucha persuasion, y aun importunacion, para hazerles retirar, y desistir de su intento.

No es decible la atencion con que le oian platicar; el amor que le mostravan, el consuelo con que depositavan en el todas sus controversias, y el cuydado con que procuravan en mil maneras, conseguir alguna cosa suya. Vnos buscavan los pedazos de pan, que le sobraván despues de comer; otros recogian el agua con que se lavava los pies: y es fama constante, que con aquel pan, dado à comer; y con aquel agua, dada à beber à diversos enfermos,

mos, muchos sanaron. Y que de industrias no se buscavan, para rocebir de sus manos vna pequena Medalla: Trocavale los birretes, y pañuelos, le quitavan los cordonicos del lombro, y la corona de espinas, que el llevava en las Procesiones de penitencia, fue muchas vezes ocasion de graves pendencias, por la muchedumbre de los pretendientes, que las querian, y pudiendo, las arrebatavan.

Vn Señor de gran calidad, que alcançò vna dellas, la tuvo en tanto aprecio, que puesta en vn escaparatè, solia dezir: *Sino dexara otra cosa à mi hijo, mas que esta corona, le dexaria muy rico.* Las mismas mefas, en que subia el Padre Señeri para platicar, se tenian en grande veneracion, y corria tal vez el Pueblo à hazerlas pedazos, y como reliquias llevavan consigo las assilas, sin que bastasse la diligencia de los amos con voces, y aun con palos, para impedir el destroz. Quando avia de hazer viage por mar, los Barqueros todos querian, à porfia, recibirle en su barco; porque pensavan, quedarian en adelante seguros de las tormentas; y en llegando el Padre à la Ribera se veia luego acometido de muchísimos, que con ansias le aguardavan, para besarle la mano, y tocarle sus Rosarios.

Llegaron à tanto estos concurfos, y demonstraciones, que en muchos Países, y singularmente en la Ribera de Genova, fue preciso ponerle guardas al rededor para defenderle; porque le oprimia el Pueblo, y le cortava la sotana; y yà no bastava darla nueva, ò componer la antigua, que avia quedado tan corta, que era indecencia llevarla. Fue tambien necesario encerrarle muchas vezes en vna silla cubierta; porque de otra manera no era posible desprenderte, de la mucha gente que le circua, y detenia, al instante que le veian, sin permitirle llegar adonde era preciso. En la misma Ciudad de Genova, donde no avia hecho Mision, fue, con todo menester, para ir al Palacio Ducal, que le llevasen en vna litera, y que saliese por vna puerta secreta, para enganar de esta suerte à vn inmenso Pueblo, que le estava aguardando en la puerta principal del Colegio; y porque algunos advertieron el engaño, siguieron la litera, diziendo à todos los que encontravan: *Aquí va el Padre Santo.*

S. LX.

Aunque estas demonstraciones, de tanta reverencia, y veneracion, fueron vniuersales en qualquiera Lugar, donde conoçian al Padre Señeri; y eran mucho mayores, en las Lu-

Lugares grandes mas cortesanos, y politicos; y no solo entre gente del vulgo, sino aun mas entre los Nobles, Cavalleros, Señores, Magistrados, Príncipes, aun Supremos, Obispos, y Cardenales, que todos de vna misma manera concurrían à venerarle; y quanto mas conversavan con el Padre, tanto mas crecía en ellos la estimacion, y reverencia. Aviendo, pues, vn Purpurado de gran nombre, examinado por largo tiempo, el modo de vivir del Padre Señeri, llegó à dezir à vn lugero nuestro: *Que si fuesse Pontifice, despues de muerto el Padre Pablo, inmediatamente dispensarla con todas las Bulas de sus Antecessores, y luego, luego le pondria sobre los Altares.*

Huvo vn Obispo Cardenal, el qual descalço, y con vna foga al cuello, à semejança de S. Carlos Borromeo, le fué à recebir à la puerta de la Ciudad, acompañado de los Canonigos de la Catedral, y presentándole el Santo Christo, le rogó de rodillas, que antes de predicar à sus Ovejas, le predicasse primero à él, como à mas necesitado. Otro Obispo quiso servirle de Ministro en la Santa Missa. Otro quiso de su propia mano lavarle los pies. Y otro se arrojò muchas vezes en la plaça publica, para besarle los pies; y no bastavan todos los conatos del Padre, que muy mortificado les suplicava, que desistiesen de emprestaran de proporcionada.

En Bolonia, y en otras partes, viviendo aun el Padre Señeri, se copiaron muchos retratos de su persona; y no faltaron algunos, que puestos de rodillas delante dellos, tenían alli oracion. La Republica de Genova, le señaló vna Galera para llevarle à Liorna, ò à qualquiera otra parte, donde dispusiesse partir. Muchas vezes le saludaron los Navios con salvas de artilleria. Y muchas Comunidades, de comun consentimiento, hizieron decreto de celebrar por su alma gran copia de Missas, y honras solemnes, luego que tuviesen el aviso de su muerte: y en algunos Lugares se plantò vn marmol, gravando en él varios elogios, para perpetua memoria de los fervorosos Sermones, y fructuosa Mission del Padre Señeri.

Quien, pues, no conoce, que en la elevacion repetida de tantos honores, era menester tener vna cabeça muy firme, para no desvanecerse, y vacilar? Y no obstante, nos asegura el Padre Pinamonti, perpetuo testigo de la vida del Padre Señeri: Que de todos estos obsequios de veneracion, nunca mostrò la menor complacencia, de la misma manera, que si todos aquellos honores se hizieran à vna estatua de marmol. Pues para armarse contra los asaltos de la vana gloria, estava fixo en vn sabio pensamiento, que expuso en vno de sus papeles, adonde dezia: Para animarme à despreciar la

cristi.

estimacion de los hombres, he ponderado, aquel dicho tan verdadero de San Francisco, conviene à saber: Que el hombre tanto vale, quanto es delante de Dios, y nada mas. Basta que el nos estimen; y así, pondré todo mi cuidado en ocultarme à todo lo demás. En qualquier talento, parecer, y no ser, es vanidad; ser, y parecer es verdad; ser, y no parecer, es sanidad. Así el Padre, el qual para arraygar, aun mas vivamente en su coraçon este piadoso sentimiento, tuvo por mucho tiempo escrita en vn papel, puesto à la cabecera de su cama, aquella sentençia de nuestro Redemptor: *Quod altum est hominibus, abominabile est ante Deum.* De tantos aplausos, que avia recebido, no solamente no se le oyò jamás palabra que sonasse, aun de lexos à jactancia; pero si alguno tal vez hablava, introduciendo esta materia, procurava luego cortar el hilo à la conversacion, divirtiendola discretamente à otro rumbo. Algunos Cavalleros, y Señoras le escrivian, y no mas que para tener cartas, ò firmas de su mano, y conservarlas por devocion, y como el Padre despues de algun tiempo entrasse en sospecha, recelando el motivo de escrivirle; nunca mas desde entonces respondió à las que le escrivian, no haziendo caso, ni reparando en que le tuviesen por de corteés.

El Eminentiísimo Señor Cardenal Rosseti, Obispo de Taençia, quito que se diese a la estampa, la relacion de las Misiones, que el Padre avia hecho en aquella Diocesi, y diò el orden à vno de los Sacerdotes mas doctos, y prudentes que tenia en su Obispado. Supole el Padre, y luego hizo diligencia, para que no se escriviesse palabra de las curaciones milagrosas, que se dezia avia hecho, à beneficio de muchos enfermos. Quando se condenaron las perniciosas sentençias, y los Libros de los Quietistas, à quien tuvo grande oposicion, no por sus personas, sino por sus doctrinas, que siempre calificò por faltas, y dañosas, y con este concepto las impugnò eficazmente, estava algunos con atencion, à ver si el Padre Señeri pedía el parabien, ò se congratulava de su victoria; pero todos tuvieron mucho que admirar su singularísima modestia; porque no solo no cantò el triunfo, sino que tampoco diò la mas minima seña de complacencia.

En vn Lugar de la Ribera de Genova, llamado Chiavari, acabada la Mission, pintaron en la pared publico su retrato, en aquel habito de penitencia, que de ordinario usava. Passados algunos meses, por instancia que le hizieron varios Cavalleros de Genova, volvió el Padre à renovar en la misma tierra sus Apostolicos sermões, y aviendo yuko con harta contunçion suya, aquella imagen

en

en la pared quando en el vltimo dia, en que estava para despedirse, vinieron aquellos Señores del Magistrado à darle gracias, y à ofrecerle con mucha cortesania todo su favor, pidió unicamente por merced (después de averle dado palabra de que no se le negarian) que mandassen borrar aquella figura.

Quando los Pueblos à vna voz le aclamavan por el Padre Santo, y por las publicas calles, y plazas se vozeava, à quien queria comprar los libritos del Padre Santo; y quando las turbas reverentes, y puestas de rodillas, le cercavan, y veneravan con actos de mil obsequios, todo esto no servia mas que para inquietarle, y dava voces para estorvar semejantes demostraciones.

S. LXI.

Fue tambien admirable la libertad de coraçon, con que sin hazañerías, ni afectaciones procedia el Padre Señeri en sus acciones, sin omitir las que à los ojos de los que se pagan indiscretamente de exterioridades podian desmentir el concepto grande, que los prudentes tenían de su persona. Por su corpulencia, y trabajo grande, que llevaba de continuo, así exterior, como interior; necesitava, à fin de conservar la salud, y fuerças corporales; para el empleo del bien de las almas, de mas alimento, que el ordinario, jamás disimuló esta necesidad; ni hizo del abstinente, ni dió à entender guardava algun figuroso ayuno; sino que admitia, sin melindre, ni reparo alguno, delante de todos, lo que conocia ser necesario, para su mantenimiento.

Vn dia, convalidando con algunas Señoras Ginovefas, les contó, como en vn Lugar, le avian tratado muy honradamente, añadiendo, que quedava muy obligado à la liberalidad de vn Cavallero, el qual en tiempo de tan excessivos calores, le avia hecho el gasto de la nieve. Quando entró en años, faltandole ya el vigor de la edad mas robusta, se vió obligado à subir à caballo algunas cuestras inieftas de montañas difíciles, asperas, y pedregosas; y sin reparo, ni embarazo, ó encogimiento montava con toda libertad, en presencia de todos en el bagage que le ofrecian.

En los vltimos años le exortaron à caminar calçado, dandole à entender, que se descalfaria quando le acercasse al lugar destinado para la Mision. A lo qual respondió siempre el, con vnas mismas razones: *No permita Dios, que cometa semejante hipocrisia: por todo el viage caminaré siempre calçado, ó siempre descalfado.* Antes practicó muchas vezes lo contrario; porque después de ayer, ca-

mis

miñado descalfado, hasta las puertas de alguna Ciudad, antes de entrarla, se calçava, si acaso no avia de hazer en ella Mision. Y no solo esto, sino que sin dificultad ni reparo admitia entrar en las Ciudades dentro de vn coche à seis cavallos, como le succedió en Genova, en Modena, en Parma, y singularmente, en Taença, favorecido con este recibimiento de el Emocentissimo Señor Cardenal Rossini, el qual, como Sabio, y prudente Calificador, reparó en este modo de obrar, y le tuvo por vn acto de gran virtud, y por tal le alabó, y celebró mucho.

Semejante juicio hizo el Padre Inquisidor de Ancona, el qual combió vna vez al Padre Señeri en su casa, para tomar vn refresco, y el admitió luego el combate, con hazimiento de gracias, y dexó muy edificado aquel prudente Religioso.

S. LXII.

Pero no estava satisfecho el Padre Señeri, con no buscar tan solamente los honores, y aplausos; sino que deseava, y procurava por varios caminos el proprio desprecio. En orden à los deseos, basta referir aqui, lo que el mismo dexó escrito en aquellos sus insignes sentimientos: En estos dias, *dize*, me ha trabajado mucho vna tentacion; y era; que queriendo ofrecirme à la Divina Magestad, prompto à padecer por amor de Dios, qualquier penalidad; por grande que fuesse; se me ofreció antes de proseguir, vna que me pareció mortificacion insoportable, esta fue, si permitiessse Dios que me olvidasse, y asentofamente corrido, me quedasse en medio de algun Sermon. Con este ofrecimiento quedo como suspensa la voluntad; porque por vna parte se conocia obligada; y movida à admitir prontamente qualquier trabajo que viniesse de la mano de Dios; por otra tenia, no se executasse este à que tanto repugnava mi flaca naturaleza; queriendo Dios probarme con genero de mortificacion tan sensible; de donde nacia en mi vn gran temor, y encogimiento que me impedia la resolucion, y aún el emprender Sermon alguno, y saltó poco para que del todo no intentasse dar de mano al exercicio de este empleo. Descubri esta tentacion à mi Padre Espiritual, y según su consejo, he procurado no pensar en ella; porque quiere Dios, que cumpla con mi officio lo mejor que pueda. Esta mañana, pues, bolvio à acometerme la mesma tentacion, y con la gracia de Dios, he vencido.

G

cido

cido esta repugnancia, convirtiendo el temor en deseo, y le he pedido con grande instancia al Señor, que en este mismo día, en que he de predicar por la mañana vn Sermon de mucho cuydado, y empeño, se sirva exercitarme con esta publica mortificación. Con esta resolución eficaz, y absoluta dispuesto à lo que sea de voluntad del Señor, estarà mas espedito, y sin recelo mi encogimiento en este, y en los demás Sermones; y antes cobrarè nuevo aliento, y nuevo brio; pues ya en la representacion de tal suceso, no me detiene, ni acobarda el temor, sino que me alienta el deseo; y en esto consistia mi engaño, pues el temor es el que quita, y amortigua los espíritus; quando les anima, y vivifica el deseo. Pero no dexarè por esto de aplicar, quanto es de mi parte, todas las diligencias posibles, para prevenirme antes de entrar, para poder salir lo mejor que pueda en mis empleos. Antes por lo mismo, he de poner toda la aplicacion al estudio, y en tal caso, si succedere el que-darme, estarè cierto no ser negligencia mia, sino venir de la mano, y por voluntad de Dios; y con esto estarè muy contento, y al contrario, si huviere omitido disponerme con toda diligencia, discursaria ser culpa de mi poca aplicacion, y pena de mi mucho descuido.

A deseos tan Santos, correspondian muy bien sus obras; no solo agenas de toda vanidad, sino antes cuydadofas de su abatimiento, y humillacion. Estava, como todos saben, enriquecido, y dotado de excelentes talentos, así en materia de espíritu, como de doctrina, y sumamente estudiado, y exercitado en hallar prontamente acertados consejos, aun en los intereses politicos; y por esto pudo componer innumerables diferencias, y enemidades entre Señores principales. Con todo esto, nunca quitò governarle por sí mismo; en cosa ninguna de importancia, acudiendo siempre à la consulta de juicio ageno: Y à este proposito solia citar aquella sentençia del Sabio: *Fili, sine consilio nihil facias, & post factum non pœnit-bit.* Merece, por cierto, celebrarle singularmente vn rendimiento, y fugacion tan humilde, especialmente, en materias de doctrina, y competencias literarias, acerca de las quales, se verificaba muy à la letra, el dicho del Poeta: *Qui velis ingenio cedere, rarus erit.*

Todo el mundo tenia al Padre Señeri, por vn gran Maestro; pero él, como si fuera vn hombre de pocas letras, se mostrò siempre promptísimo à mudar, y borrar lo que

Eccl. 32.

que le corregian, ò dictavan personas muy inferiores en talento, y doctrina.

Vn Superior suyo, que lo fue por muchos años, afirma que el Padre iba à su Apofento con tan grande humildad, que le llenava de confusion, y le parecia, no menos, que vn Novicio; y porque advertia muchas vezes, que no se atrevia à proponerle alguna cosa, que se le ofrecia, era menester darle animo para decirlo.

Pidió vna vez, no se que à vn Superior, para facilitar la impresion de vnos Libros en Florencia, y como el Superior tuviese algunas dificultades, por alguna incomodidad, que podia resultar à la Casa, el Padre lleno de confusion, le pidió humildemente perdon de la propuesta; y juntamente derramò tanta copia de lagrimas, que obligò al mismo Superior à acompañarle en el llanto por ternura.

Cantavanse en vna Procesion las Letanias de Nuestra Señora, y llegando se à vn Padre, que la entonava, le dixo no mas que esto: *Vos desfontatis.* No obstante, pareció esto al Siervo de Dios, vn tal exceso, que la misma tarde fue al apofento de aquel Religioso, y echandose à sus pies, le diò humildemente muchas satisfacciones, y excusas de aquellas tan inocentes palabras.

Avia el Padre Ministro dado cierto orden al Cocinero, para que dispusiese no se que en particular para el Padre Señeri, por lo qual, impaciente el Hermano, le descompuò algo: Supplico el Padre, y en lugar de enojarle, contra aquel descortes, luego la mañana siguiente fue à buscarle, y con palabras muy suaves le rogò, perdonase aquel disturvio, ò enojo que por su causa avia recibido.

Tenianse los Superiores señalado vno, que le ayudesse à componer el apofento; pero hasta que el Padre no pudo por sí mismo, nunca consintió que le ayudasse en nada, barrriendo él por su propia mano, y exercitando los demás officios viles; antes por abairse, y depreciarle mas, buscava ocasion para barrir à escondidas el apofento del que le vivia cerca.

En las Misiones lavava frequentemente los pies à sus Compañeros, y à muchos pobres forasteros, que llegavan maltratados, y llenos de lodo. Tenia tambien por costumbre levantarle por la mañana muy temprano, antes que los demás, y esto, en el tiempo mas riguroso del invierno, aun en el vltimo año de su vida, quando vivia en Roma, yà muy anciano, y achacoso,

y en acabando su Oracion, se iba descalço à vna Tribuna, correspondiente à la Iglesia, y despues de averse asperamente disciplinado, se salia à llamar à vn hermano, confidente suyo, al qual le besava los pies, y se abatia delante del, de diversas maneras, sirviendole estos actos de humildad de preparacion para la Santa Misa; la qual iba luego à celebrar, en compañía del mismo Hermano; y muchas vezes llegó à mandarle, que le pillasse el cuello, la cabeza, y el rostro, diciendole entre tanto muchas injurias, y baldones, en que se confundia.

S. LXIII.

Y No ay que admirarse, en ver al Padre Señer tan hambriento de sus desprecios, pues tenia de si mismo baxissima opinion, y muy confaria à sus altos merecimientos, y como totalmente olvidado, ò como quien nunca avia conocido su grande inocencia, y sus muchas, y esclarecidas virtudes, sin aver advertido, ni calificado ninguna de sus acciones por buenas, se tenia por vn grandissimo peccador. Así lo protestava frequentemente en publico en sus Sermones, y en los discursos, y conversaciones privadas, entre las personas mas familiares; y no le salian ya estas palabras de la boca, ò por vna simple costumbre, ò ceremonia afectada, como sucede en no pocos; sino que procedian de lo intimo del coraçon; nacidas de vn vivo conocimiento, que avia formado de lo poco que se avia adelantado, y aprovechado en la virtud, y se reparò, que tocando este punto, luego se encendia el rostro, y derramava muchas lagrimas.

Aquellas grandes demonstraciones de reverencia, y veneracion que se han referido arriba, en lugar de excitar en su pecho algun movimiento de soberbia, se imprimian mas vivamente en el alma el concepto, que ya tenia hecho de ser muy malo. Decia, por tanto muchas vezes à su Padre Compañero, en semejantes lances, con expresiones de particular sentimiento: *O si estos me conocieran! O la grande verguença, que tendré en el dia del jutizio!* Otras vezes, tupirando decia à su mismo Compañero: *Oreci Padre, que yo me salvaré.* Quando se hazia la ultima Proçesion de penitencia, se parava alguna vez derecho en pie, arrimado à su bordon, à verla passar, y observando las grâdes senales de verdadero dolor, y compuncion, que dava todo aquel gran Pueblo, se reparò que estava temblando, y con dolorosos suspiros iba repitiendo entre si: *O pobrecito de mi!*

mi! O pobrecito de mi! Pareciendole, que las penitencias de los demas, eran para el vna grave reprehension contra sus peccados, y tibieza.

Ya sabemos quantas almas perdidas bolviò al camino dicho del Cielo, y bien le puede conocer, y asegurar, que humero dellas, en veinte y seis años de Misiones, llegó à muchos centenares de millares; y con todo esto, creia el Padre, avia faltado mucho en esta parte à su ministerio, con que solia exclamar: Piegue à Dios, que en tantos años huviera salvado vna sola alma; y así, como si nunca huviera tenido zelo alguno de el bien de sus proximos, se llamava, y tenia por hijo legitimo de San Ignacio.

S. LXIV.

Fue esto, sin duda, como vn sagrado, y feliz encanto de la Divina Gracia, que sabe representar à si mismos en figura de grandes peccadores, aun à los Varones mas perfectos. Pero à mi juicio, no ha de tenerse por menor prodigio de la Divina Gracia, que supiesse infundir en el alma del Padre Señer, vn odio Santo de si mismo; y tan grande, que tratasse à su cuerpo, como à verdadero enemigo, y como à tal, le perguiesse continuamente en maneras tan asperas, y rigurosas, que causa horror solo el referirlas. Por cierto, que aquellos trabajos tan intenlos de predicar, y escribir; aquel caminar siempre descalço; aquel acotarse tan cruelmente; aquellos tan grandes sudores, y tanta sangre, que cada dia derramava en provecho del proximo, parece; que à lo menos avian de bastar à su extremado fervor, y que antes avia de bulcar algunos alivios para conservar la vida; y con todo esto, como si todo lo dicho no fuesse nada, anduvo siempre sollicito en hallar nuevas, y mas cruales trazas para su martirio; y lo que mas pasmava à sus Compañeros, era el jubilo indecible, con que se abraçava con todas estas asperezas; como si fueran sus mas queridas delicias; y así, el mayor gusto que se le podia dar, era platicar con el, de semejantes materias, y proponerle alguna nueva traza de penitencia.

Oyamos, pues, à el mismo, como abraçado de vna muy fina caridad, rogava à Dios en vno de aquellos admirables frutos de Oracion, y dize: Algunas vezes, por vuestros altissimos juizios (los quales avemos antes de reverenciar con humildad, que escudriñar con razones) es conveniente, que embieis à mi Re-

ligion algun trabajo, alguna perlecucion, alguna calumnia, en persona de alguno de los suyos, y que por causa de vno, padecan todos los demás, y que por esto se buelvan todos contra él. Ha mi buen Señor: *Ecce ego mitte me.* Sea yo aquel Siervo escogido, en tal ocaſion, para ponerle à la verguença, y perdonarle à los demás, que tan dignamente han traído esta fortuna, y no como yo, que con la relaxacion de mi vida, y con la dilucion de mi conversacion la he profanado. Algunas vezes dispone vuestra general Providencia, que andando vno de camino, de en manos de Daleadores, que le encierren en vn bosque, ò que navegando, cayga en poder de los Turcos, que le condenen à esclavitud: *Ecce ego mitte me.* Sea yo, Señor, aquel Siervo tan dichoso, à quien toque tan buena suerte. Ya muy bien sabeis, que muchas vezes os he pedido, con grande instancia, aun antes de ofrecerme, como aora me ofrezco, de hazer en aquella vida de esclavo tan trabajosa, la penitencia de tantas iniquidades mias, que yo no sé resolverme à hazer de buena gana. O quan dichoso sería, si me viera vna vez con los grillos à los pies, defcalço, y medio desnudo, obligado à servir à vn barbaro, que cada dia cruelmente me castigalle, y despues me diese apenas el sustento neccesario para vivir, y no me diese cama ninguna para reposar! Pagaria quizás entonces los regalos, con que he atendido à acariar à este mi cuerpo. En vna palabra me ofrezco à Vos, por Siervo vilisimo, y de ningun precio: Servios de mi en qualquier caso, en las enfermedades que aveis de embiar al mundo, en las mortalidades, y pestes, y conservando en la vida à los que son mas idoneos para promover vuestra Gloria, muera yo, que casi no sé hazer otra cosa en el mundo, que ofenderos, aunque muchas vezes os prometa, y jure reverenciaros. Este es el acuerdo, que aveis de hazer conmigo, si os agrada hazerme digno de tanto bien. Pues así, en qualquiera desgracia que me suceda, por penosa, por aspera, y por vergonzosa que sea, me acordaré, que entonces os servís de mi, segun el ofrecimiento, que al presente os hago; y con este pensamiento procuraré soslegarme, y confortarme, y alegrarme tambien, si para esto me asiste vuestra gracia, sin la qual no puedo nada. Así sea, Dios mio. Admittid, Señor, este ofrecimiento, con aquella sencilla cordedad, con que yo me esfuérço à presentarlo.

(S)

§. LXV²

§. LXV.

PARA dár aqui alguna muestra mas en particular de sus penitencias, me contentaré referir solamente las cosas siguientes. Vn Sacerdote, Cura en la Diocesi de Sena, refiere, que acompañando al Padre Señeri por diversos Lugares, reparò, que el Padre, defcalço como estava, en lugar de buscar la parte mas comoda en los caminos, buscava de industria la parte mas aspera, adonde avia abtojos y piedras agudas, que le lastimavan mucho sus pies, y dize el mismo Sacerdote: *Que despues de muchos años tenia todavía viva la memoria de tal mortificacion, lo qual le causava tierno sentimiento de devocion.*

Acostumbrava el Padre en sus Misiones, lavarle muchas vezes al dia los pies, en que reparando vn Compañero suyo, le exortò, movido de caridad, à que no le los lavasse; porque endureciendose de este modo la piel, padeceria mucho menos, caminando por aquellos caminos tan pedregosos; y respondió candidamente el Padre Señeri: *Que por este fin se lavava los pies; por que teniendo los siempre tiernos, sentiria siempre mayor pena.*

Tuvo por vso muy familiar, y continuado, el disciplinarse, y en las Misiones; además de aquellas tan horribles disciplinas, que se dava en publico; se exercitava con crueldad en secreto tres, ò quatro vezes al dia; y quando morava en las casas de la Compania, guardò siempre inviolablemente la costumbre de la disciplina, dos vezes al dia, y aun tres, en los vltimos años de su vida; vna vez por la mañana; otra despues de comer; y otra à la noche. Las disciplinas eran, ordinariamente, de cuerdecillas muy torcidas, añadiendo muchas vezes à los ramales vnas puntas de azero, con que se heria, y ensangrentava cruelmente.

Pero en diversas ocasiones de necesidades publicas, ò de Novenas, que hazia en honor de varios Santos; sus Abogados, aun mas frequentemente se acotava, y por cada vez, multiplicava mucho mas el numero de los golpes. Mientras así se castigava, solia rezar; repitiendo muchas vezes; desde su principio, hasta el fin, aquellas palabras del *Dies iræ*, *Rex tremende maiestatis*, hasta aquellas del vitimo tercero, *Gere curam mei finis*; tan crueles eran los golpes que descargava sobre sí, y tan continuados; que llegavan à dos, y tres mil.

Acerca del sueño, nunca passava este, de ordinario, las

G4

las

las seis horas, y en las Misiones dormia mucho menos. Por treinta años, y aun más; porque llegó así hasta lo último de su vida, durmió siempre sobre las tablas desnudas, excepto, que en el tiempo de las Misiones (en el qual, porque el exercito de esta penitencia, se le hazia extremadamente difícil) se acostó por algun tiempo sobre la paja.

Por la grande estimacion, que de él tenían todos los Governadores, y otros Señores de calidad, los quales en varios Lugares le hospedaron, le disponian camas muy ostentosas, y regaladas; no las rehusava el Padre, pero no usava de ellas, y se acostava sobre vnos xergones; y para no causar à los huelpedes, mayor cuidado en el hospedaje, se dexó persuadir, aunque con gran repugnancia suya, viar tal vez los colchones. En otros tiempos durmió sobre vn cilicio, que tendia en la cama, à manera de vna tohalla, pero como esto le quitava el sueño necesario, privandole de mayores bienes, por dexarle el desvelo inutil para tanto trabajo, se vió obligado à dexar esta mortificación.

Por lo que toca à la comida, yà se ha dicho poco ha, no podia el Padre Señeri afligirse con austeros ayunos; y refieren sus Compañeros, que estando él en Mision, y aviendo tal vez ayudado por algunos dias, vno tràs de otro, en ocasion de las Quatro Temporas, ó en otra semejante, lo sintió tanto la naturaleza, que cayó malo, encendiendose en calentura. Para poder, pues, perseverar en sus Santos trabajos, juzgó ser mayor Gloria de Dios, comer moderadamente, quanto pedia su necesidad, y mortificarle solamente con abstenerte de manjares regalados, y enfrenando la gula en todo lo que apetecia; fuera de lo precisamente necesario, así se conservó para poder llevar el peso de tanto trabajo. No obstante, aun en esta materia exercitò actos muy generosos, porque le olieraron, que à vezes masticava cosas muy defabridas al paladar, y aun la misma ceniza.

S. LXVI.

DE mucha mas pena, y tormento le servia la aspereza de su vestido: Yà se avian passado catorze años, sin que dentro de su casa llevasse sobre sus carnes camisa, ni calconillos; y en su lugar traia vn apero sacó, sin mangas, que le cogia, desde el cuello, hasta las rodillas, texido de cerdas de cabra, como lo vían en Italia los Arrieros, para cubrir sus cargas: A este genero de

cilicio, tenia el Padre tan grande afición, que quando por el vfo se ablandava algo, luego le desponia, tomando otro nuevo, y por consiguiente mas apeto. Solamente por los últimos años, que vivió en Roma, porque en el Verano aquel sacó de cerdas le causava vn calor intolerable; y dañoso à la salud, y por el mucho sudor, despedia de sí algun olor ofensivo, substituyó en su lugar, otro semejante de canamo, extremadamente grossero, y sembrado todo de agudísimas puas, que le picavan sus carnes por todas partes. Todo esto sabemos, por vno de estos sacos, que para comun edificación, se conserva en el Noviciado de Roma. Con este genero de vestido, quedavan los braços cubiertos con la sotana sola de estameña; y las piernas, sin medias, totalmente desnudo; y para disimular esta desnudez, y que no se descubriese, usava vnos capatos hechos à esse fin, poco mas altos del ordinario, que llegavan à cubrirle el tobillo. Y esta tan poca defensa, ó desnudez de braços, y piernas, causava al Padre en los rigores del Invierno vn frio excoisivo; de manera, que temblava de pies à cabeça. Y es tanto mas de ponderar esta mortificación en el Padre Señeri, por quanto su natural complexion era de tal calidad, que sentia mucho el frio, y tanto, que descubrió confidentemente à vn amigo suyo: Que en el principio de su reforma en Perugia, quando despues de averle cruelmente disciplinado por la mañana muy temprano, avia de bolverte à poner la camila fria, se sentia en tanto grado afligido del gran dolor, que en esto padecia, que le obligava à llorar. Y con todo esto, solia en medio del Invierno encerrarse en el apolento, especialmente, despues de la Santa Misa, y desnudandose, se ponía de rodillas, tirando de frio, delante de vn Santo Christo, à pedirle perdon de sus pecados, echando entre tanto, de los ojos vn diluvio de lagrimas, y golpeandose el pecho con vno de aquellos corchos armados de puntas, dos de los quales se hallaron despues de su dichosa muerte, y vno dellos estava todavia teñido en fresca sangre.

Pero mucho mas dize en esta materia el Padre Pinamonti, su Confessor, y Compañero, pues atestigua, que el Penitente Padre, en vn Invierno muy frio, que avia nevado mucho, con vencimiento heroyco de su repugnancia, se desnudó vna noche, y en vivas carnes se arrojó, rebolcandose gran rato entre la nieve, que en abundancia avia caído en el patio de nuestro Colegio de Placencia. Afirma tambien, como cosa muy sabida, y de que le constava, que en la Cartuja de Luca, à donde se avian ambos reco-

gido para tener con mas austero, y solitario retiro, el acostumbra- do de canso de los exercicios espirituales, el Padre Señeri se rebolcó desnudo entre las espinas, sirviendose para esto de vnos ro- sales de penetrantes agudas, y duras puas, que avia en vn huerte- cico, cercano al apolento en que vivia. Y añade à mas de esto el mismo Padre Pinamonti, que por indicios muy fundados, tenia por cierto, no era sola vna vez la que avia practicado el Padre Señeri, vno, y otro de estos martyrios.

Como puedo yo aqui proseguir, sin que ruegue al que le- yere tales exemplares de virtud, que haga de passo vna breve re- flexion, ponderando el espiritu, devocion, y ardiente fervor de encendida caridad, que suponen estas heroicas acciones, pues sa- bemos son las mas insignes, y celebres, que por mas señaladas se publican, refieren, y aplauden, en los mayores Santos de la Iglesia, como fueron el Glorioso San Benito, y el Serafico Padre San Francisco. Para hazerle mas semejante à su Señor Crucificado, traia el Padre Señeri pendiente del cuello, so- bre el desnudo pecho, vna crucecita de madera, sembrada to- da de agudas puntas de clavos, y para sentir mas el dolor de aquel penetrante cilicio, se apretava muchas vezes con fuerza el pecho; sintiendo con este apremio, tantas heridas, quantas eran las puas, que con vivo sentimiento taladravan sangrientas sus carnes.

Además desto, hizo labrar vn instrumento de hierro grof- fero, y encovado, con vnos dientes agudos, à manera de sierra, y quando estava estudiando en nuestrs Colegios, sen- tado à la mesa, por aquellas muchas horas que tenia de estu- dio, se atava debaxo de los muslos, aquel terrible instru- mento; el qual, cargando sobre sus dientes agudos, todo el peso de los mismos muslos, le mordia, y acrivillava cruelmente las carnes.

Finalmente, para que ninguna parte de su cuerpo estuviese, sin su particular tormento, se ceñia circunuyendo con aprieto, y estre- chura, los lados, el pecho, los muslos, los braços, y las pier- nas, por todas partes, con algunas cadenillas llenas de puntas; las quales, aviendose hallado despues de su muerte en vn apo- sento, se averiguò, llegavan à treinta y cinco palmos, y sus puntas à tres mil y ochocientas.

(S).

Todo esto, à quien no pareciera vn rigor indiscreto? Y con todo aquel magnanimo, y mortificado espiritu, nunca satisfecho de atormentarse, à mas de sus mismas manos, quiso tambien valerse de las ajenas. Aquel Sacerdote Seglar, que fue perpetuo Compañero suyo en las Misiones, se pone con juramento, que despues de aver adquirido el Padre Señeri mas familiar confianza con el, le pidió vna gracia, de la qual dezia tenia grande necesidad: La gracia, pues, fue que por su propia mano le disciplinasse, sin compulsion alguna, asse- gurandole, que quanto mas cruel se mostraria con el, tanto mas le seria piadoso. Alombrado el buen Sacerdote de tan es- traña peticion, le resistió mucho, y le escusò quanto pudo, de exercer ministerio tan cruel. En suma, vencido de las repe- tidas instancias, ò por mejor dezir, importunaciones del Padre, con- descendió con sus ruegos, è instancias, y à la verdad, le sirvió no poco.

Tendiafe el Padre Señeri sobre la cama, totalmente desnudo, fuera de lo que pedia la decencia, y entre tanto, el fiel amigo, con vna disciplina de cuerdecillas retorcidas, de doze ramales, y tal vez, con cadenillas de hierro, ò de laton, con toda su fuerza delcargava por todas las partes de su cuerpo, y mas especial- mente sobre el vientre, asi lo avia ordenado el Padre, por ser esta parte mas delicada, y mas sensitiva que las demas. Este tor- mento durava cerca de media hora, y à vezes tres quartos, de ma- nera, que vnas disciplinas nuevas, en tres, ò quatro vezes, que se repitiesse este exercicio, quedavan de ordinario destrozadas del todo; teniendo menos fuerza aquellas cuerdas, ò cadenillas para resistir, que el Padre para padecer. Y no se acabaria tan presto este sacrificio cruento, si mas cansado, y atormentado el actor, que el paciente, no huviera entre tanto con clamores, y ruegos, pedido repetidas vezes, por amor de Dios que cessase. Entonces el Padre solia hecharfe en el suelo, y de rodillas le be- fava los pies, y apretandole por señal de afecto, y agradecimien- to la mano: *Os doy gracias, dezia, por tanta caridad, y ruego à Dios, que os la pague.* Otras vezes se hazia açotar atados los braços por detras à vn pilar de la cama, para imitar de este modo à Christo en la Coluna, y quando el dolor era muy vehemente, desahogava su espiritu, con levantar entre afectos

amorosos los ojos al Cielo, y exclamation: *O Jesus! O Jesus!* En este martyrio tan atroz, prolongo el Padre, sufriendole, ò por mejor dezir, segun su sentir, gozando de el por espacio de doze años enteros, en el tiempo de sus Misiones, casi todos los dias, quando no le esforcasse algun impedimento extraordinario. Y vi- viendo en Roma ya anciano, y de muchos años, se quiso valer de vn Hermano de casa, rogandole yfate con el esta misma caridad, mas se encogió el Hermano, y se escusò, faltandole el animo para executar tamaño rigor. De lo qual se quedó el Padre desconfiado.

Refiere mas el sobredicho Sacerdote, que obligado el Padre Señeri de los Medicos, à tomar en Bologna los baños, ocasionado de vn grande encendimiento de sangre, queria despues del baño, que vifasen con mas rigor de este genero de martyrio en su persona; porque enternecidas las carnes, sintiessen tanto mas el dolor, para no perder tan buena ocasion de merecimiento. Otra vez, deteniendole el Padre en vna Viña nueetra, puesta sobre la orilla del mar, fuera de las puertas de Ancona, porque la estrechura de la casa, y la multitud de los habitadores, no le dexava franca libertad de practicar aquella su tan querida, por tan penosa recreacion, baxava, juntamente con su fiel Compañero, à vnos escollos algo iniefectos, y apartados de todo comercio, y desnudando sus espaldas, se mandava asperamente acotar, segun su costumbre; y además, en vna destas ocasiones, quiso que el Compañero le pisasse, y porque se escufava, le alenò el Padre, diziendo: *Qué mucho es pisar à vn vil gusanillo, como yo?*

§. LXVIII.

Otro mayor martyrio, sin comparacion à mi parecer fue vn traza nueva, y muy estraña, que invento ingeniosamente su mortificacion, para satisfacer à su excelsivo fervor, y deseo de padecer por Dios. Tendido desnudo sobre la cama, como avemos dicho poco ha, se hazia gotear por todo el cuerpo cera derretida, y jura el dicho Sacerdote, que por centenares de vezes, en el tiempo de las Misiones, le diò este tan cruel tormento, y mas cruel, por lo que hazia despues el Padre por si mismo; porque arrancandole sin piedad, y con mucha violencia aquella cera, que hirviendo desleida, avia penetrado los poros, se arrancava con ella la piel, quedando su cuerpo lleno de llagas.

No podemos averiguar, si en Roma, por falta de Mistrro, que

que quisièsse exercitar con su persona este barbaro oficio, procurò el Padre Señeri à atormentarle con sus mismas manos. Y cierto es, que nos dà gran fundamento, el aver hallado del pues de su muerte algunos cabos de antorchas, y pelotas de cera, que para este vfo tenia escondidas en su aposento. Acontecia muchas vezes, que compadeciendose el Compañero, levantava algo la mano; para que cayendo de mas alto aquel ardiente licor, quemasse menos; però luego que el Padre lo advertia, pareciendole que era muy perjudicial à sus dias, aquella piedad, le alta el brazo, y le obligava à tenerle mas baxo. Movido de la misma piedad el Compañero, en ocasion de de cargar los golpes con la disciplina, fingia hazer grande fuerza, y los dexava caer muy lentos; però el Padre, que estava muy despierto, y advertido para sentir mas, y mas el tormento, luego se quexava, diciendo: *Que no era aquel negocio de hazerse por chanza, pues se tratava de su salud eterna, y de satisfacer à Dios por sus pecados.*

El mismo Sacerdote refiere con juramento, aver observado con grande asombro, que quedandole en estas ocasiones el cuerpo del Padre Señeri cubierto de cardenales, de hinchazones, y llagas, parece, que segun el orden de la naturaleza, avia de passar mucho tiempo para volver à su primer estado; y no obstante, sin ninguna fuerte de remedio humano, el dia siguiente, estavan sus carnes frescas, y enteras, y sin cicatriz ni señal alguna. Y este mismo prodigio observaron muchísimos en las Misiones, quando muchas vezes al dia, hazia en publico aquel sangriento destrozo de sus espaldas, con aquellos tan continuados, y tan fieros acotes; con que nos es facil creer que Dios, el qual quieria de su siervo estos cotidianos sacrificios, para que tuviesse fuerza, y valor para ofrecerlos; el mismo, por su mano le iba de dia en dia curando con modos tan singulares.

§. LXX.

Però quien creyera, que con tanta aspereza, y rigor con que tratava su mortificado cuerpo, no le fiesse por contento el generoso coraçon del Padre Señeri, ansioso, y nunca bastante- mente satisfecho de padecer? Avidido en la Vida de vn Santo, vna penitencia de las mas estrañas que se pueden oír ni pensar; y como iba siempre à caça de semejantes asperezas, se encendiò luego en deseos de imitarla. La penitencia crasle atata los

lagartos de los brazos sobre el codo, con algunas cuerdecillas, y estas afiançava à alguna viga del techo, ò à algun clavo muy fuerte de la pared, con que le suspendia en el ayre, y le quedava así colgado por largo tiempo, rezando los Psalmos Penitenciales. No se puede pensar quan grande avia de ser el dolor, así por el grave peso del cuerpo, que todo se sostenia con mucha violencia en el ayre, como porque entrandole las cuerdecillas en las carnes, las aserravan, hasta salir de las sangre. Y como si todavia este fuesse pequeño tormento, se movia el mismo, sacudiendo àzia baxo, con grande fuerza el cuerpo; para hazerle mas ponderoso, ocasionando así furcassen mas profundamente sus carnes los cordeles. A mas de esto, añadiendo mortificación à mortificación, y tormento à tormento, estando de esta manera colgado, y desnudo entrava en el cotidiano exercicio, en que persistiendo en instantes, e importunos ruegos conseguia, se descargasse sobre sus carnes sin perdonar puesto alguno de pies à cabeza, vn diluvio de açotes sangrientos, que aun dexando postura de suspension tan penosa, que avia tolerado por largo espacio, postrado en el suelo, sin poderse tener en su estado, insistia, y alcanzava en que con el mesmo rigor, y fuerza se proseguiese. Protecta, alisimimo aquel Sacerdote, que por las repetidas instancias del Padre, se vio precisado à repetir este genero de tormento, muchísimas vezes; y sabemos, por cosa muy cierta, que estando el Padre en Roma, ya descaecido por la edad, y consumido de tantos trabajos, practicó con frecuencia estenísimo martirio, y aviendo hallado à vn hermano confidente, que con gran caridad le ayudava à suspenderle en aquel eculo. Oygamos aora al mismo Padre Señeri, para entender qual fuesse el motivo principal, que le impedia, e incitava à vlar con su cuerpo tantos, y tan horrosos tormentos. Dize, pues, todo encendido de caridad para con su Dios, en vno de aquellos papeles citados.

Esta mañana me ha comunicado el Señor vn grande sentimiento de afecto à la penitencia; la qual tengo de hazer, no solo por satisfacion, sino por vengança de mis pecados. No he de pretender, satisfacer con ella aquellas penas temporales, que por su causa se me deven en esta, ò en la otra vida, antes desearé, que se tome justicia de mi; mas lo que unicamente he de pretender, es, vengarme por tantos vltimes hechos à mi Dios. Estas carnes son aquellas, las quales, por lisonjearlas, han sido la causa, que yo fuera tan rebelde, y tan sin reverencia à Dios; pues de
estas

estas tengo de tomar vengança. Vengança tomare de este paladar, de estos ojos, de todos estos mis sentidos, y de todo lo que soy tomare vengança. Vos, Dios mio; perdonadme este odio, porque à mi me parece muy justo. Pues como han de pasar sin castigo tantas ingraticudes, que he vñado con vuestra Magestad, tantas afrentas, y tantas maldades? Y quien de los hombros las dexara passar así, si alguno dellos huviera sido el ofendido? No es, por cierto, poco, ò Dios mio, y que me perdonéis enteramente la culpa (y esto os suplico muy de veras, para no quedar viva criatura para siempre privada de vuestro amor) pero, y por que me avéis de remitir la pena?

§. LXXXV. *Sanctus solus nimis la
lo non qui nihil unquam minus habet ubi omnia*

Con esta tan rara mortificación, y aspera penitencia ganó para sí el Padre Señeri vn caudal tan rico de merecimientos, y dexó para nosotros vn tesoro tan admirable de esclarecidos exemplos. Con estos tratamientos, mortificó hasta el fin de la vida su carne, y juntamente vivificó su espíritu. Con estos mismos, guardó siempre, aumentó, e ilustró tantas virtudes, en particular aquella singular inocencia, y aquella suma pureza de cuerpo, y alma, que le grangeó de todos los que le conocieron el renombre, y elevación de Angel.

Todos sus Compañeros, en las Milsones, protestan, aver sido para ellos de extraña admiracion, ver à vn hombre, como el era, de complexion sanguínea, y de natural amorosísimo, con todo esto, tratar por tantos años familiarmente, como pedía la necesidad, con todo genero de hombres, y mugeres, en las Ciudades, y en los campos, en poblados, y desiertos; y no obstante, conservarle siempre tan puro en sus costumbres, y acciones, que no solo nunca se vió en él vna minima sombra de mancha, sino que pareció aun incapaz de ciertas caricias, que tan facilmente suelen pegarse à perlonas de insigne espíritu; con que parece, que Dios hizo al Padre Señeri, aquel tan prodigioso favor, concedido à los tres Santos Niños, en el horno de Babilonia, que *non vestigit eos omnino ignis, neque contristavit*. Dense, pues, las devidas alabanzas, al dador de todos los bienes, que se ha servido enriquecer de tantas Gracias à su fidelísimo Ministro, y colmarle de glorias en el Cielo, donde le aplauden numerosos exercitos de almas, que por su medio consiguieron aquella eterna felicidad, que se congratulan mutuamente de su dicha, y gratifican à quien tan

to biendés ageniò à costa de tantos afanes, trabajos, y desvelos. Yo me imagino à este fiel Ministro de la Gloria de Dios, colocado halla en el Cielo, en trono de gloria, tanto mas elevado, quando mas se apocò, y humillò en la tierra. En lo demás, si el que leyò este Compendio, se querellare justamente, de que se aya n escrito tan luscinta, y abreviadamente acciones tan heroycas, y meritos de vn tan gran sugeto, de tanta estimacion, aclamacion, y credito en todo el Orbe, conozca, como realmente puede, ser el motivo de su querella el mesmo Padre Señeri, cuyo continuo desvelo se empleò siempre, en que todas sus acciones esluviessè n ocultas à los ojos de los hombres, manifiestas solo à los de Dios, y atribuya esta cordedad à aquella vigilancia con que, siendo tan superior al comun de los demás, quiso el Padre Señeri siempre parecer como vno de los del comun, porque sabia muy bien el

admirable documento de San Gregorio, que
depradaxi de siderat, qui thesaurum publicè portat, in
via, &c.

LAVS DEO.



IN-

INTRODVCCION

A LA PREGUNTA,

SI ES MEJOR GVJAR

A LAS ALMAS POR EL CAMINO

de la Meditacion, ò de la Contemplacion.



ARDUA empresa à la verdad aveis querido imponerme, Amigo mio charlissimo, quando con tan fervientes, y tan repetidas instancias me importunais à que os manifeste mis dictámenes, acerca de la controversia, que nuevamente ai se ha excitado entre varios Padres Espirituales conocidos vuestros; de los quales algunos afirman, que es mejor, generalmente hablando, guiar las Almas en el Espiritu por el camino de la Meditacion; otros al contrario, por el camino de la Contemplacion.

Como pudo vuestro buen juicio tenerme por suficiente para responder en vna tan gran causa? Los que defienden la Meditacion, se presentan facilmente al Tribunal de hombres doctos, y espirituales: Pero no así los que defienden la Contemplacion. Quieren estos presentarse al Tribunal de hombres, que no solamente sean doctos, y espirituales, pero tambien experimentados. Por lo qual, si acaò el grande afecto que me teneis, pudo enganaros haciendos entrar en concepto de que soy, ò Letrado, ò Espiritual aunque en la realidad, ni sea Espiritual, ni Letrado, no emperò pudo en-

A

ga-